

ROBERT
LAS MUSIL
TRIBULACIONES
DEL ESTUDIANTE
TÖRLESS

Traducción de Nicolás Gelormini

BÄRENHAUS

ROBERT
LAS MUSIL
TRIBULACIONES
DEL ESTUDIANTE
TÖRLESS

Traducción de Nicolás Gelormini

BÄRENHAUS

Apenas pronunciamos algo, extrañamente le quitamos su valor. Creemos habernos sumergido en los abismos y cuando llegamos de regreso a la superficie, la gota en la punta de nuestros dedos no se asemeja al mar del que proviene. Vanamente pensamos haber descubierto una cantera de tesoros maravillosos y cuando salimos a la luz, hemos sacado piedras falsas y pedazos de vidrio; y sin embargo, el tesoro sigue brillando inalterable en la oscuridad.

Maeterlinck

Una estación pequeña de la línea que lleva a Rusia.

Por el pedregullo amarillo del ancho terraplén, cuatro vías de acero corrían paralelas en ambas direcciones derecho hasta el infinito; al lado de cada una, como su sombra sucia, la raya oscura y calcinada dejada en el suelo por el vapor de escape.

Detrás del pequeño edificio pintado al óleo, una calle ancha y destrozada subía hasta la rampa de la estación. Sus márgenes se perdían en el suelo pisado por todas partes y podían reconocerse sólo en dos hileras de acacias que a ambos lados se alzaban tristonas con hojas sedientas, estranguladas por el polvo y el hollín.

¿Lo causaban esos colores tristes?, ¿lo causaba la luz del mediodía, pálida, sin fuerza, agotada por el vapor? Los objetos y las personas tenían un rasgo de indiferencia, sin vida, mecánico, como si hubieran salido de una escena del teatro de marionetas. De cuando en cuando, a intervalos regulares, el inspector de la estación salía de su oficina y observaba con el mismo giro de cabeza la extensa vía en busca de las señales de las casillas de los guardas, que seguían

sin querer anunciar la llegada del tren expreso, que había sufrido una gran demora en la frontera; después, con un único y siempre idéntico movimiento del brazo, sacaba el reloj de bolsillo, luego meneaba con la cabeza y volvía a desaparecer; igual que las figuras de los viejos relojes de torre, que aparecen y se van a la hora en punto.

10 En la franja ancha, bien apisonada, entre las vías y el edificio, se paseaba un alegre grupo de jóvenes, que avanzaba a derecha e izquierda de un matrimonio adulto que constituía el centro de esa charla algo ruidosa; pero tampoco la algarabía de ese grupo era verdadera; a los pocos pasos, el ruido de risas divertidas parecía callarse y en cierto modo caer al suelo ante una invisible, encarnizada resistencia.

La esposa del consejero Törless, esa era la mujer de unos cuarenta años, ocultaba detrás de su denso velo sus ojos tristes, un poco rojos del llanto. Era el momento de la despedida. Y le resultaba difícil dejar otra vez a su hijo tanto tiempo entre gente extraña, sin la posibilidad de velar ella misma por su tesoro y protegerlo.

Pues la pequeña ciudad quedaba muy lejos de la capital, en el este del imperio, en una zona de cultivos seca y escasamente poblada.

El motivo por el que la señora Törless aceptó saber a su hijo en una región tan lejana e inhóspita era que en aquella localidad había un internado católico que desde el siglo anterior, momento en que se lo levantó sobre suelo de una institución piadosa, seguía intacto allá afuera, sin duda para preservar

a la juventud en crecimiento de las perniciosas influencias de una gran ciudad.

Allí recibían educación los hijos varones de las mejores familias del imperio para, después de abandonar el instituto, asistir a la universidad o entrar en la carrera militar o en el servicio público; en ambos casos, como también para el trato en los círculos de la buena sociedad, se tenía por buena recomendación haber crecido en el instituto de W.

Por esa razón, el matrimonio Törless había cedido cuatro años atrás a la ambiciosa insistencia de su muchacho y obtenido su admisión en el instituto.

Más tarde, esa decisión había costado muchas lágrimas. Ya que casi desde el instante en que las puertas del instituto se cerraron irremediamente detrás de él, el pequeño Törless había comenzado a extrañar su casa de modo muy intenso y terrible. No lograban cautivarlo ni las horas de clase, ni los juegos en el prado enorme y exuberante del parque, ni las otras distracciones que el internado ofrecía a sus pupilos; él apenas participaba. Veía todo como a través de un velo y hasta durante el día a menudo le costaba trabajo reprimir algún sollozo tenaz; por las noches se dormía indefectiblemente bañado en lágrimas.

Escribía a su casa, casi todos los días, y su vida transcurría únicamente en esas cartas; todo lo demás que hacía le parecía ser sólo un fenómeno borroso e insignificante, paradas sin importancia como los números en el disco del reloj. Pero cada vez que escribía, sentía dentro de sí algo distinguido, exclusivo; como una isla de soles y colores maravillosos se

alzaba en él desde el mar de sensaciones grises que lo acosaba día tras día con su frío e indiferencia. Y cada vez que durante el día, cuando hacía deporte o en las clases, pensaba que por la noche escribiría la carta, era como si él portara oculta en una cadena invisible una llave dorada con la que, cuando nadie viera, abriría las puertas de jardines maravillosos.

12 Lo curioso de esto era que a él mismo ese apego hacia sus padres le resultaba nuevo y extraño. No la había intuido en ningún momento: había entrado en el instituto con gusto y por propia voluntad, es más, se había reído cuando en la primera despedida su madre no había podido calmarse de tanto llanto; sólo después, tras haber pasado solo algunos días y haberse hallado relativamente bien, el apego estalló en él repentino e impetuoso.

Pensó que era que extrañaba su casa, deseaba ver a sus padres. En realidad se trataba de algo más indeterminado y complejo. Pues el “objeto de ese anhelo”, la imagen de sus padres, en realidad ya no estaba incluida allí. Me refiero a ese recuerdo plástico no meramente memorístico sino corporal, de una persona querida, y que habla por todos los sentidos y se conserva en todos ellos, de modo que no se pudo hacer nada sin sentir a nuestro lado, callado e invisible, a ese otro. El recuerdo se apagó pronto como una resonancia que duró solo un rato. Por ejemplo, Törless ya no podía hacer aparecer ante sus ojos la imagen de sus “queridos, queridos padres” —la mayoría de las veces se lo decía así—. Si lo intentaba, en su lugar emergía el ilimitado dolor, cuyo anhelo lo azotaba y al mismo tiempo lo

sujetaba y retenía de modo extraño, porque sus llamas ardientes le causaban dolor y al mismo tiempo encanto. Pensar en sus padres se convirtió para él en la causa ocasional de generar dentro de sí ese sufrimiento egoísta que lo encerraba en su orgullo lujurioso como en el retiro de una capilla en la que cientos de velas ardientes y cientos de ojos de imágenes sagradas esparcen incienso entre los dolores de los autoflagelantes.

Más tarde, cuando el sentimiento de “extrañar su casa” se hizo menos intenso y se fue perdiendo, pudo verse con claridad de qué clase era. Su desaparición no trajo un contento definitivo en el alma del joven Törless, sino que dejó un hueco. Y en esa nada, en esa falta de completud, Törless reconoció que no había sido un mero anhelo lo que se le había escapado sino algo positivo, una fuerza anímica, algo que bajo el ropaje del dolor había florecido en él.

Pero ahora había pasado y esa fuente de una primera bienaventuranza superior se le había vuelto patente sólo a través de su agotamiento.

En ese período volvieron a desaparecer de sus cartas las huellas apasionadas del alma que había estado despertando y en su lugar aparecieron descripciones de la vida en el instituto y de los nuevos amigos.

Por su parte, Törless se sentía empobrecido y ralo como un arbolito que vive su primer invierno tras una floración sin frutos.

Sus padres, sin embargo, estaban satisfechos. Lo querían con un cariño fuerte, irreflexivo, animal. Siempre que terminaban las vacaciones que le daba a su hijo el internado, la casa le parecía de nuevo vacía y

desierta a la esposa del consejero, y todavía unos días después de cada una de estas visitas caminaba con lágrimas en los ojos por las habitaciones, tocando y acariciando aquí y allá un objeto en el que se había posado la mirada del muchacho o que habían tocado sus dedos. Los dos se habrían hecho despedazar por él.

Las emociones torpes y la tristeza obstinada e intensa de sus cartas les causaba una dolorosa preocupación y los ponía en un estado de tensa sensibilidad; la ligereza alegre y satisfecha que seguía a aquellas hacía que volvieran a estar contentos y sintieran que se había superado una crisis. Lo apoyaban con todas sus fuerzas.

Ni en una cosa ni en la otra reconocían el síntoma de una evolución anímica determinada, más bien en cierto modo habían aceptado el dolor y el apaciguamiento como una consecuencia natural de las circunstancias dadas. Se les escapaba que había sido el primer intento, fallido, del desamparado joven por desarrollar las fuerzas de su interior.

ooo

Törless se sintió muy insatisfecho y buscó en vano aquí y allá algo nuevo que pudiera servirle de apoyo.

ooo

Un episodio de esta época resultó característico de lo que se preparaba y más tarde se desarrollaría en el interior de Törless.

En efecto, un día entró en el instituto el joven príncipe H, proveniente de uno de los linajes más antiguos, conservadores e influyentes del imperio.

Sus ojos tiernos les parecieron a todos los demás insulsos y afectados; se burlaron diciendo que parecía una mujer por cómo empujaba hacia abajo la cadera cuando estaba parado y por cómo jugueteaba despacio con los dedos cuando hablaba. Pero de lo que más se burlaron fue de que al instituto no lo trajeran sus padres sino su antiguo tutor, un sacerdote y doctor en teología.

15

Por su parte, Törless sintió desde el primer instante una fuerte impresión. Tal vez influyó el hecho de que fuera un príncipe de alta nobleza; en cualquier caso, vio en él un tipo distinto de persona.

Todavía parecía tener adherido el silencio de un viejo castillo rural y de ejercicios religiosos. Cuando caminaba, lo hacía con movimientos suaves, gráciles, encogiéndose y ladeándose con cierta timidez, un gesto inherente a la costumbre de andar por la sucesión de salones vacíos donde siempre parece acechar alguien desde alguno de los cientos de rincones invisibles.

De este modo el trato con el príncipe se volvió para Törless fuente de un sutil placer psicológico, ya que accionaba en él ese abordaje del hombre que enseña a reconocer y disfrutar al otro por la cadencia de su voz, por el modo en que toma la mano, incluso por el timbre de su silencio y la expresión de la postura corporal con la que se ajusta a un espacio, en suma, por esa forma plena, dinámica, apenas tangible y sin

embargo más que auténtica de ser un alma humana que se deposita alrededor del núcleo palpable y nombrable como alrededor de un esqueleto desnudo, y esto a tal punto que uno ya se prefigura la constitución mental de esa persona.

16 Durante ese breve período Törless vivió como un idilio. La religiosidad de su nuevo amigo no le molestaba, aunque le resultaba completamente ajena porque él venía de un hogar burgués y librepensador. Más bien la aceptó sin ningún reparo; es más, a sus ojos constituía una especial ventaja del príncipe, pues en cierto modo potenciaba su esencia, que sentía no sólo diferente en todo de la suya sino también completamente singular.

En compañía del príncipe se sentía como en una capilla apartada del camino y el pensamiento de que en realidad no pertenecía a ese lugar desaparecía por completo ante el goce de ver entrar la luz del día por la ventana de la iglesia y deslizar los ojos por el inútil dorado de los ornamentos acumulados en el alma de ese hombre hasta recibir de ella una imagen difusa, como si recorriera con el dedo, sin concentrarse demasiado, los trazos de un arabesco hermoso pero embrollado conforme a leyes curiosas.

Entonces se produjo un quiebre repentino entre ellos.

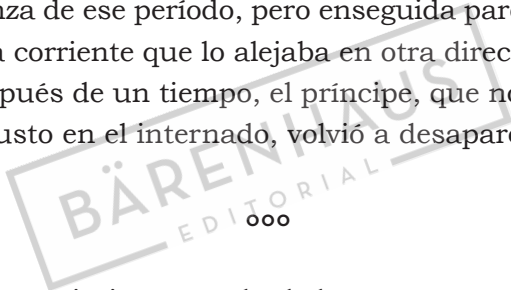
Por una tontería, según debió confesarse Törless más tarde.

Lo que ocurrió fue que pese a todo se trenzaron en una disputa sobre religión. Y a decir verdad ya en ese momento todo estaba perdido. Pues casi como algo independiente de él, la razón de Törless golpeó

sin cesar al delicado príncipe. Lo cubrió de burlas racionales; como un bárbaro destruyó el edificio de filigranas que habitaba su alma, y se separaron dominados por la cólera.

Desde ese momento no se habían vuelto a decir ni una palabra. Törless tenía la sombría consciencia de haber cometido una insensatez, y una impresión vaga, intuitiva, le decía que la escuadra de madera de la razón había roto en el momento más inoportuno algo que era fino y le daba placer. Pero eso era algo que estaba totalmente fuera de su poder. Por supuesto, a Törless le quedó para siempre una especie de añoranza de ese período, pero enseguida pareció caer en otra corriente que lo alejaba en otra dirección.

Después de un tiempo, el príncipe, que no se sentía a gusto en el internado, volvió a desaparecer.



Törless sintió a su alrededor un vacío y aburrimiento completos. Pero de a poco se iba haciendo más grande y de modo oscuro y paulatino la incipiente madurez sexual comenzaba a alzarse en él. En este segmento de su evolución trabajó algunas amistades nuevas, acordes a la situación, y que más tarde resultaron para él de la mayor importancia. Fue el caso de Beineberg y Reiting, de Moté y Hofmeier, precisamente esos jóvenes en cuya compañía hoy Törless acompañaba a sus padres hasta la estación.

Curiosamente ellos eran los más malvados de todo su año. Tenían talento y, naturalmente, eran

de buena familia, pero por momentos mostraban una rebeldía y un salvajismo rayanos con la brutalidad. Y si su trato fascinaba a Törless, era porque desde que se había producido el distanciamiento con el príncipe, su dependencia de los demás se había intensificado. E incluso significaba una continuación en línea recta del viraje anterior pues, igual que este, representaba el miedo a toda sensibilidad demasiado sutil, contra la cual la esencia de los otros compañeros resaltaba sana, robusta y apropiada para la vida.

Törless se entregó por completo a esa influencia, pues su propia situación espiritual era ahora más o menos esta: a su edad ya se ha leído en el bachillerato a Goethe, Schiller, Shakespeare y tal vez también a los modernos. Y a medio digerir, todo esto vuelve a salir como escritura por las puntas de los dedos. Surgen tragedias romanas o una lírica hipersensible que sube al escenario vistiendo la túnica de frases de varias páginas como si se tratara de delicado encaje: cosas que en sí y de por sí son ridículas pero que tienen un valor incalculable para una evolución segura. Pues esas asociaciones que vienen de afuera y esos sentimientos prestados llevan a los jóvenes más allá del terreno anímico, peligrosamente blando, de esos años en los que uno tiene que significar algo para sí mismo y, sin embargo, todavía es demasiado inmaduro para realmente significar algo. Da lo mismo si después en unos queda algo o en otros no queda nada, después cada uno se contenta con sí mismo, el peligro está sólo en la época de la transición. Si se

podiera hacerle reconocer en ese período a un joven lo ridículo de su persona, el suelo bajo sus pies se resquebrajaría o él mismo se precipitaría como un sonámbulo que despierta y no ve delante de sí nada más que el vacío.

Esa ilusión, ese truco que favorece el desarrollo faltaba en el instituto. Pues su biblioteca contenía los clásicos, pero estos tenían fama de aburridos y fuera de ellos sólo había novelas sentimentales y sá-tiras militares insípidas.

19

En su verdadero apetito de libros, el pequeño Tör-less los había leído todos; a veces alguna idea de delicadeza prosaica que extraía de esta o aquella novela tenía efecto por un rato, pero no se daba una influencia, una real influencia en su carácter.

En esa época parecía que él no tenía carácter.

Por ejemplo, bajo la influencia de esas lecturas escribió cuando en cuando un breve relato o empezó un poema épico romántico. Bajo la excitación de las penas de amor de sus héroes las mejillas se le enrojecían, el pulso se le aceleraba y sus ojos brillaban.

Pero apenas dejaba la pluma, todo había pasado; hasta cierto punto su espíritu sólo vivía en el movimiento. Por eso también podía redactar un poema o un relato en cualquier momento, ante cualquier exhortación. Y cuando lo hacía se excitaba, pero aun así no se lo tomaba totalmente en serio y esa actividad no le parecía importante. De ahí nada traspasaba a su persona. Sólo bajo cierta coerción exterior tenía sensaciones que superaran la indiferencia, igual que un actor necesita la coerción de un papel.

Eran reacciones del cerebro. Pero eso que se siente como carácter o alma, línea o tonalidad de un hombre, como sea, eso ante lo cual los pensamientos, las decisiones y acciones aparecen como poco características, azarosas e intercambiables, eso que por ejemplo había vinculado más allá de todo juicio racional a Törless con el príncipe, ese trasfondo último, inmóvil, se había perdido por completo en Törless en aquella época.

20 En sus compañeros, lo bestial, el placer del deporte, hacían que no necesitaran nada semejante; la misma función cumple en el bachillerato el juego con la literatura.

Pero Törless tenía una constitución demasiado espiritual para lo primero, y con lo segundo chocaba una aguda capacidad de percibir el ridículo de esos *senti-ments* prestados, capacidad engendrada por la vida en el instituto, con su obligación constante de estar preparado para riñas y pugilatos. Así, su esencia conservaba algo indeterminado, un desamparo interior que le impedía encontrar el camino hacia sí mismo.

Se unió a sus nuevos amigos porque admiraba su ferocidad. Como era orgulloso, algunas veces incluso intentó superarlos. Pero cada vez se quedaba a medio camino y no fue poca la burla que tuvo que sufrir por eso. Esto volvió a intimidarlo. A decir verdad, en este período crítico toda su vida consistía en ese esfuerzo siempre renovado por emular a sus compañeros rudos, más varoniles, y en una profunda indiferencia respecto a ese esfuerzo.

Si, como ahora, lo visitaban sus padres, Törless se mostraba callado y tranquilo siempre que estuvieran

solos. De las caricias tiernas de su madre se escapaba con cualquier excusa. En verdad le habría gustado ceder a ellas pero se avergonzaba al ver los ojos de su compañeros puestos en él.

Sus padres tomaban esta actitud como la rigidez de los años de desarrollo.

Por la tarde llegó toda la ruidosa banda. Jugaron a las cartas, comieron, bebieron, contaron anécdotas sobre los profesores y fumaron cigarrillos, que el consejero había traído de la ciudad.

21

Ese ambiente de buen humor alegró y tranquilizó al matrimonio.

No sabían que Törless pasaba también por otras horas. Y en el último tiempo eran cada vez más frecuentes. Por momentos, la vida en el instituto le era por completo indiferente. La masilla de sus preocupaciones cotidianas se desprendía y, sin cohesión interna, sus horas se desmoronaban.

Muchas veces se quedaba —en reflexiones sombrías— como inclinado sobre sí mismo.

ooo

Esta vez habían sido dos días. Habían comido, fumado y hecho un paseo, y ahora el tren expreso llevaría al matrimonio de regreso a la ciudad.

Un ligero retumbo en las vías anunció la proximidad del tren, y la señal de la campana, colgada del techo de la estación, sonó implacable en los oídos de la esposa del consejero.



BÄRENHAUS
EDITORIAL